

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. izq.ª

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

LA SITUACION.

Y ahí tienen Vds. á un régio mequetrefe dando más argumentos para escritos públicos que si hubiera inventado el eje.

Después de la Rápita, después de la intentona de 1848, después de la paz de Vergara, comprendo el imposible de las intentonas carlistas.

Sí, lo comprendo; y quisiera ser padre de todos los ministros de Gracia y Justicia de España, para...

¿Lo diré? Debo decirlo: para hartarlos de pescozones á todos, incluso el Sr. Ruiz Zorrilla, pues si bien mi corazón paternal padecería mayor amargura cuando le llegase el turno de cascarle, haría como el padre del Cid, que mordió más fuerte al más fuerte.

Trasnochando y madrugando agentes de policía; repiqueteando de continuo los aparatos telegráficos; se reúnen consejos de ministros; se pagan á peso de oro las confidencias, y es natural; este enorme trabajo da un resultado enorme, cual es el descubrimiento de dos docenas de boinas, cuatro cartas, nueve sacerdotes, un sacristán, una ama de huéspedes y una pistola.

Y vuelta á empezar. Vuelta á la confidencia y al registro, y se vuelve á dar con cuatro curas, siete boinas, medio sacristán y diez paquetes de cartuchos.

Y entretanto La Epoca en son melifluido, dice: excelente ocasión para poner rey; traten Vds. de darme rey; á las actuales conspiraciones, podríamos añadir las inevitables turbulencias que consigo ha de traer la cuestión del rey.

No lo pone La Epoca así, al pié de la letra; pero es un decir.

Y el gobierno con el aire de insuficiencia más empalagoso, dice:

—La revolución y sus conquistas están en buenas manos. Las guardo yo. No hay que temer. El emperador de los franceses me internará por milésima vez á los conspiradores; el ejército, viéndome á mi dar á manos llenas, dirá que el conde que convida es el verdadero conde; y con tal que llamemos locura y tumulto al ejercicio de los derechos individuales, todo andará bien.

Cierto que me veo en el caso de deportar sargentos, prender generales, hacer brillantes exequias á gobernadores asesinados, y vigilar los centenares de depósitos de armas reaccionarias; pero también tengo inerte á la milicia ciudadana; Lagunero ya está curado; Posada Herrera tiene paciencia por ahora y el Patriarca de las Indias hace más de ocho días que no expide nombramientos de parte de doña Isabel II.

Dicho esto, se recomienza y escucha la nueva relación de haberse echado mano á cinco boinas, dos clérigos, tres retacos, etc., etc.

Así pasa la vida, si vida puede llamarse la suya. Pero no le habéis de los ciento ochenta millones anuales que devora el clero.

En este capítulo ha escrito el noli me tangere. Se ha empeñado en mantener á los conspiradores para que no carezcan de medios de conspirar.

En España, en Francia, en Italia, en todas partes el clero es heroicamente fiel á sus principios, medios y fines.

Habladles de dinero, y se echan todos á gritar que Cristo murió en la Cruz, y que era Dios y hombre.

Habladles de la pobreza de Cristo, y vociferan que quereis matar de hambre al clero, como si el no dar fuera matar.

Ciento ochenta millones al año, con más lo que buenamente se recoge, figuráos cuántas boinas, cuántos fusiles, cuántos clérigos se pueden comprar con tanto dinero.

Gonzalez Brabo les echó en cara que con el dinero del presupuesto hacía el clero la guerra á los que trabajamos para ganarlo.

Y el gobierno revolucionario dice: pues yo soy más tunante; para que cada sacristía no sea un foco permanente de conspiración, enviémosles ciento ochenta millones. Así no podrán alterar la paz, ni el orden, ni las conciencias, ni el curso natural de la fabricación de boinas.

Y cuando pienso que una parte del dinero que me han de producir los artículos que escriba ha de servir para clérigos conspiradores, para cartuchos y escarapelas carlistas, siento desconocidos impulsos de meterme clérigo...

No: eso nunca, jamás. No quiero exajerar, pero verdaderamente me dan ganas de emprenderla á pescozones con el ministro de Gracia y Justicia, primero que se llamó liberal, y con todos los demás por su orden.

Y sin embargo, mañana volverá á enfermar el señor Sagasta á fuerza de gritos para convencernos de que las exageraciones de los republicanos pierden las conquistas de la revolución.

Pues tomar reaccionarios. Y el general Prim hará gala de monárquico.

Pues tomar monárquicos. Y todos los ministros nos abominarán porque queremos romper por completo con la tradición.

Pues tomar tradicionalistas.

¿El gran remedio será declarar el país en estado de sitio?

Es claro. Con estados de sitio no hay púlpito, no hay confesonario, no hay San Vicente de Paul, ni monjas con puerta secreta, ni palacios episcopales y arzobispales, ni funciones de desagavios, ni el grato chorrear de los ciento ochenta millones.

¡Ah, situación, situación! Si solo los que gobiernan tuviesen que pagar sus desaciertos, yo sería tu sosten más firme, yo haría el sacrificio de pedir un empleo y un ascenso, y un abono de años y una jubilación, y al día siguiente iría con el dinero de los tontos á donde no volviese á oír hablar de tí.

ROBERTO ROBERT.

EL BANDOLERISMO.

Si yo fuera moderado...

¡Qué barbaridad! La suposición no puede ser más ofensiva para mí, pero necesito hacerla.

Si yo fuera moderado, haría hoy un cálculo demostrativo de la anarquía que reina en España.

Esto me serviría para decir al final de mis observaciones:

—Doña Isabel II tenía razón cuando aseguró que España sería presa de la más horrible anarquía.

Y habría probado la necesidad de que las cosas volviesen á su antiguo ser.

Los moderados de París me lo agradecerían mucho, y cuando volviesen al poder (estoy hablando en la suposición de que yo fuera moderado), me darían un gobierno de provincia ó cosa así, en premio de mis servicios.

¡Pero no!

No soy moderado, ni espero serlo; como no soy buitre ni creo serlo jamás.

Soy un español; soy un liberal, que al saber lo que pasa en determinados puntos de España, levanto la voz para quejarme de todos y de ninguno.

Veo que en las provincias andaluzas los crímenes se suceden con dolorosa frecuencia. Veo que los tribunales no se dan momento de reposo para juzgar; veo que la cosa ha tomado proporciones colosales y exclamatione lleno de confusiones:

—¿Con que la libertad es más fecunda en crímenes allá por Andalucía?

Y me contesto en seguida.

—No lo creo. Necesito estudiar el asunto.

¿En qué consiste tal aumento de criminales?

¿Consiste en que el pueblo abusa de la libertad, ó consiste en que la autoridad liberal es más tolerante?

De todo puede suceder. De todo hay en la viña.

Antójaseme que el ciudadano se figura que la libertad significa poderlo hacer todo, absolutamente todo, incluso el darle de puñaladas al vecino.

El ciudadano está en un gran error.

Pero como el ciudadano asesino no es hombre que piense mucho lo que hace, si no hay quien le diga que se contenga, no se contiene.

Y en esta parte, el lenguaje de la autoridad no puede ni debe ser ambiguo.

La autoridad, en tiempos liberales, tiene una gran desventaja; y es que el pueblo no se convence de que debe obedecerla.

Hay en esto algo de lógico.

El gobierno anterior, dice el vulgo, me mandaba hacer esto ó lo otro; y si no me gustaba hacerlo, el gobierno me obligaba á ello sin apelación; y si yo intentaba oponerme, iba á la cárcel.

Ahora hay otro gobierno del cual dicen que es todo lo contrario de aquel, es á saber, que no tiraniza á nadie; por consiguiente, con este gobierno puedo hacer lo que me dé la gana.

Y resulta que aunque el gobierno mande por medio de sus delegados, las ciudades no obedecen.

Venimos á la criminalidad, y aquí el pueblo, impresionable en extremo, dice:

—Ahora hay libertad, y le voy á romper el alma á Fulano.

Sabe que puede usar armas y las usa.

¿Pero puede esto continuar así?

Nosotros lo hemos dicho al principio de la revolución: ¡Viva la libertad, y mucho palo!

No se trata ahora de conculcar derechos ni de negar á nadie el suyo, apero tiene derecho el ciudadano

malagueño para desjarretar á todo el que se le ponga por delante?

La cosa es grave. Quinientas causas hay en un juzgado solo. ¿Qué será en la provincia?

Ministros, gobernadores, jueces y magistrados, ¿adónde vamos á parar?

De esto á lo que acaba de suceder en los baños de Fuensanta, no hay más que un paso.

O lo que es lo mismo, de esto á que los asesinos y los ladrones se apoderen de nuestras casas, falta muy poco.

Por el bien y la seguridad del país, y por la santidad de la revolucion de Setiembre, Te ruego al gobierno que medite en la importancia que van teniendo los criminales.

Si el gobierno se deja dominar así, no estrañe que el mejor día se le llenen los ministerios de notas por este estilo:

«D. Fulano de Tal, bandido, solicita un destino como recompensa de sus servicios.»

EL SEÑOR DE CLERO.

¿Le conoceis?

El Sr. de Clero es un caballero respetable, el cual se cree representante de la empresa sobre seguros en la otra vida, conocida por la razon social de *El Cielo y Compañía*.

Mil veces os he hablado del Sr. de Clero.

Algunos incrédulos me juzgaron apasionado é injusto.

La mayoría señalaba mis palabras diciendo: Este da en el clavo.

¿Qué quiere el clero? Tiranía, ignorancia, dominio absoluto.

¿Es compatible esto con las ideas y la manera de ser de la sociedad moderna? No, padre.

Pues no le dé Vd. vueltas, no trate Vd. de gastar dinero y salud en reconciliar lo irreconciliable.

El clero (hablo siempre de la mayoría, no de las escepciones) es absolutista.

La nacion es liberal.

El clero esplica la religion en sentido absolutista.

La nacion la comprende en sentido liberal.

Y de esta discusion, en vez de salir la luz, sale un trabucazo.

No puede suceder otra cosa.

Mientras las aspiraciones de doña Isabel de Borbon iban encaminadas al absolutismo, parte del clero se quedaba á su lado creyendo que absolutismo por absolutismo, lo mismo era el de la Magdalena que el de los hijos del Cebedeo.

Pero cambió el gobierno.

Los partidos liberales se han apoderado de la situacion.

Y el Sr. de Clero se ha hecho esta cuenta:

Si este sistema sigue mucho tiempo, va á llegar dia en que la gente se desengañe, y se coma la partida.

Esto es precisamente lo que va minando el terreno.

Observa precisamente que todas las naciones más ilustradas tienen libertad de cultos, y esto les llega al estómago.

Observan que la verdadera libertad es compañera de la ilustracion, y esto los vuelve micos.

Y no transigen.

Desde el punto y hora en que vieron en practica la libertad de imprenta, formaron el propósito de traernos un rey que fuera el representante de su política.

Se han acogido al *Terso*, porque su padre peca de liberal.

Y ellos, antes que la legitimidad quieren el absolutismo; por eso abandonaron á D. Juan cuando se declaró liberal.

¡Son muy retrecheros!

Ahora bien: nosotros los españoles, que conocemos todo esto, los sufrimos y los mantenemos porque son sacerdotes, porque ejercen el oficio de guias para el otro barrio.

Sin ellos, el partido carlista no intentaría la guerra civil. Los pueblos, que saben muy bien lo que cuesta de sangre, de lágrimas, de trabajo y de dinero una guerra civil, no tienen más que dos caminos para evitarla:

O declararse partidarios del señor de clero y decirle: «Haz lo que quieras de España, tú eres el amo y yo el esclavo; mi honra, mi sangre, mi mujer, mis hijas, todo es para tí.»

O enviarlo á paseo y renovar el personal, supuesto que no solo las mujeres, sino muchos hombres, creen que no pueden amar á Dios sin la intervencion de ese pájaro negro.

La reconciliacion es imposible.

Los demás partidos tienen siempre algun punto de contacto; los acontecimientos los modifican, las necesidades del siglo influyen en ellos.

El partido clerical no reconoce ni obedece á más principio que el de su soberania absoluta.

Cree que representa á Dios, y échete Vd. galgos.

En fin, ¿qué más? Los demás partidos se casan entre sí.

¡Al clero le está prohibido el matrimonio!

¡SOCORRO!

¿Qué risueño porvenir!

Esto es una bendicion;

voy de mi casa á salir,

y sé que voy á morir

á las manos de un ladron.

Pensaba tomar los baños

de mar, como en otros años;

pero no, no iré yo al mar.

¡No me han de dejar llegar

bandidos propios y extraños!

¿Me quedaré en esta villa?

No, que será maravilla

verme libre de rateros,

que entran por la alcantarilla

lo mismo que caballeros.

¿A dónde voy? ¿A Paris?

No escapo de isabelinos,

en viendo una flor de lis

sé que me veo en un tris

por causa de esos beduinos.

Dentro y fuera, aquí y allá

mi vida en peligro está;

de asegurarla no hay medio;

me voy figurando ya

que esto no tiene remedio.

Pero sí, lo tiene á fé,

que estos hechos denunciados

por la opinion que los vé,

solo suceden porque

aun viven los moderados.

Viven, y en Madrid están,

y por esas calles van

dando sustos á la gente.

Mientras ese bando aliente...

las cosas no cambiarán.

No extrañe nadie que ayer

le quitaran á un sugeto

que salió con su mujer;

dicha mujer, sin respeto,

y no lo echara de ver.

No asombre el oír contar

que haciendo al Gobierno mofa

y sin dejarlo notar,

quisiera un hombre robar

la fuente de la Alcachofa.

Que esto y muchísimo más

pasa por haber dejado

en Madrid á quien quizás...

¡Uf, he visto un moderado!

¡Vuelvo! ¡Que viene detrás!

SIMILIA SIMILIBUS.

Y mal que pese á todos los médicos habidos y por haber, desde Hipócrates hasta el doctor Mata, Hannemam tenia razon, si señor, la tenia; ¿pues no habia de tenerla?

Usted se rompe un brazo, pongo por ejemplo—y dispense Vd. la parvidad;—de aquí que se altera en su cuerpo el equilibrio indispensable para que todas y cada una de las funciones de que dicho cuerpo es-

tá encargado, se realicen con regularidad; pues bien, con romperse el otro brazo, el equilibrio se restablece, y cátese Vd. bueno, tranquilo, y en aptitud de desempeñar todas sus funciones.

No sé yo á punto fijo si Hannemam llevaba á ese extremo las consecuencias de su sistema homeopático, y amigo sobre todo de dar á cada uno lo que es suyo, no podria yo atribuirle toda la gloria del descubrimiento, cuando acaso una gran parte me corresponde á mí; pero hay motivo para presumir que el sábio inventor, amante, como casi todos los alemanes, de las cosas de España, conocia aquel refran de «A quien no quiere caldo, taza y media,» ó aquel otro, «Tú que no puedes, llévame á cuestras,» y meditando profundamente acerca de ellos, fué como tuvo la singular ocurrencia de curar la fiebre con la fiebre, como si dijéramos, la embriaguez, con vino.

Sea de esto lo que quiera, es la verdad que la homeopatía, como á todas las grandes invenciones suele acontecer, se ha aplicado despues en principio á otros problemas diferentes que los de la salud, y á otras ciencias que ninguna relacion tienen con la medicina: y las últimas y más modernas aplicaciones dan por resultado lo que podriamos llamar *política homeopática*.

Los males de la tiranía á fuerza de tiranía han de curarse.

Un gobierno se nos antoja poco liberal, y en este concepto nos desagrada; prestemos nuestro apoyo á quien nos amenaza con otro menos liberal todavía, y es probado.

Un ministerio en que hay unionistas, progresistas y demócratas, no alcanza á satisfacer nuestros deseos; de aquí se desprende que si los absolutistas triunfaran estábamos de enhorabuena.

Es claro.

Porque señor, para poca salud más vale morirse.

Los políticos homeopáticos lo resolvemos todo radicalmente.

Somos amigos de la revolucion.

Por eso debemos no combatir á los enemigos de la revolucion.

La reaccion nos causa repugnancia, y hasta nos inspiraria odio si tan pequeñas cosas pudieran inspirar algo.

Por eso debemos no combatir la reaccion.

Entre un gobierno que reconociendo y respetando una gran parte de las libertades, no es todavía tan liberal como nosotros deseariamos, y otro gobierno esencialmente reaccionario que niega todo derecho y que mata toda libertad, la eleccion no es dudosa.

Los políticos rancios habrian elegido el primero.

Nosotros los homeopatas elegiriamos el segundo.

El tratamiento no puede ser más sencillo.

El mal de pobreza con pobreza se cura.

El mal de tiranía en la tiranía ha de hallar su remedio.

Los desaciertos de un gobierno, solo un antídoto tienen, los errores de otro gobierno peor.

¿Y hay aun quien pregunta cuál ha de ser la actitud del partido republicano si el carlismo se lanza á vias de hecho?

Algunos prudentes varones, quizá con demasiada timidez, han dicho que los republicanos deberian permanecer impassibles espectadores de la lucha.

Yo tengo para mí que estos varones prudentes no han dicho todo lo que hubieran debido decir.

Los partidarios de ideas radicales no pueden nunca, en ninguna ocasion, ser partidarios de los términos medios. Fuera el eclecticismo.

Cuando en el país se establece una lucha, solo los egoistas ó los cobardes pueden permanecer tranquilos.

Los amantes de su patria tienen su puesto señalado en uno ó en otro campo.

En el caso presente, los liberales verdaderos pueden dividirse en dos clases:

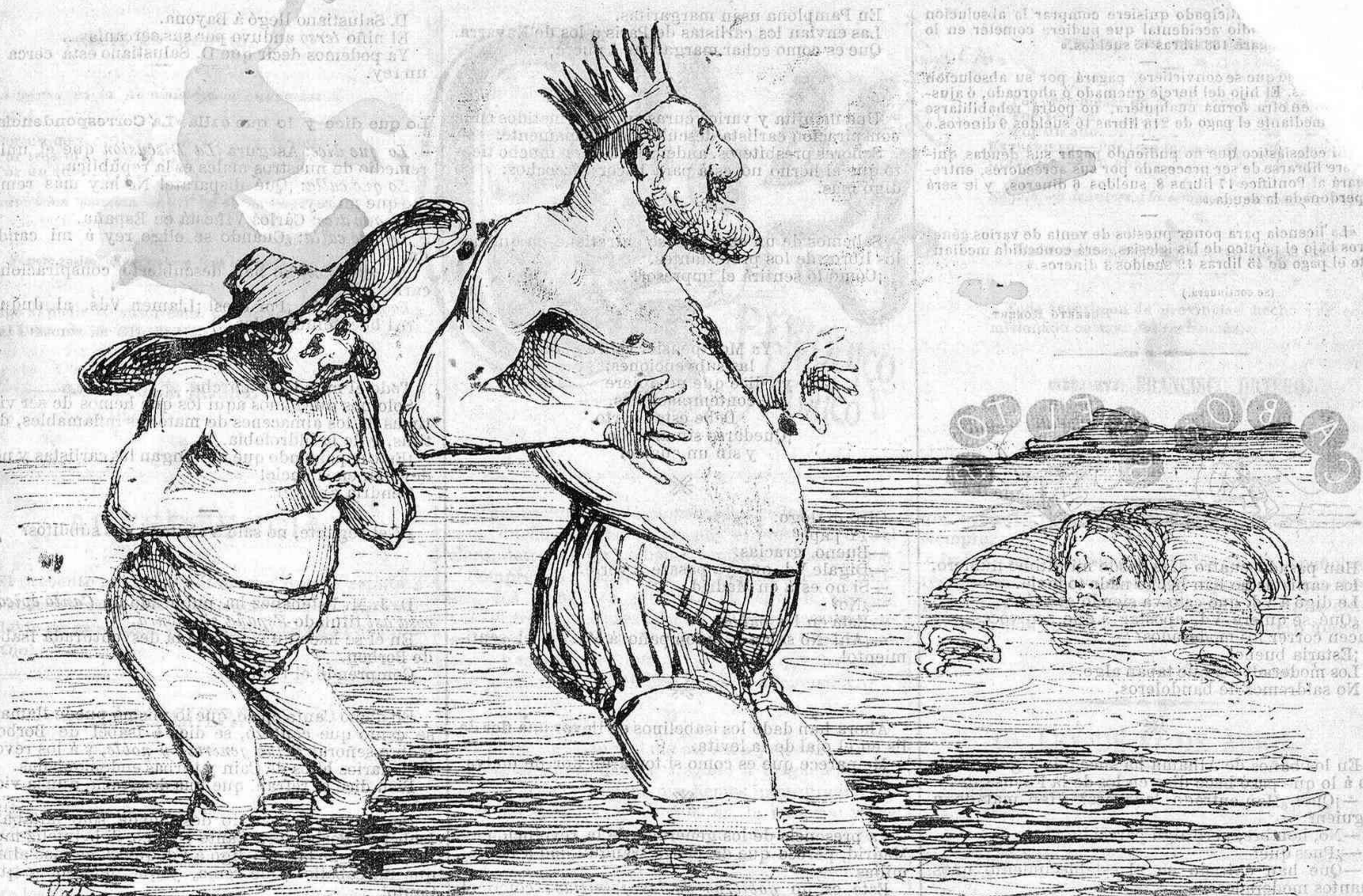
Alópatas, los del antiguo sistema.

Homeopatas, los del sistema novísimo.

Los primeros deben combatir con todas sus fuerzas hasta aniquilar al carlismo, enemigo nato y constante de toda libertad, de todo progreso.

Los segundos deben, para ser lógicos, colocarse al lado de los carlistas, y pelear con ellos y procurar su triunfo, por aquello de que la reaccion, con reaccion ha de curarse.

Este es un modo de discurrir como otro cualquiera; por todas partes se va á Roma, y por muchos caminos se va á la libertad.



En la playa de Santlúcar.

—¿Qué es aquello, Santana?
—Señor, yo creo que es una langosta.
—Se parece á mi cuñada.
—¡La conciencia, señor, la conciencia!

Los homeópatas van á la libertad por el camino de la esclavitud: el camino será tal vez muy seguro, pero tengo para mí que ha de ser largo y penoso.

A. SANCHEZ PEREZ.

LOS PAPAS.

(Continuacion.)

Llegados á este punto, dejemos á un lado las indulgencias y otras pequenezes no menos sacrosantísimas, y echemos una ojeada á algunos artículos de la tarifa de perdones que se estableció bajo el Pontificado de Juan XXII, y que tantas vociferaciones ha levantado entre los eternos enemigos del orden.

Veamos.

«El eclesiástico que incurriese en pecado carnal, ya sea con monjas, ya con primas, sobrinas ó ahijadas suyas, ya, en fin, con otra mujer cualquiera, será absuelto mediante el pago de 67 libras 12 sueldos.»

Diga el lector en conciencia: ¿se puede hacer más barato? Prosigamos.

«Si el eclesiástico, además del pecado de fornicación pidiese ser absuelto del pecado contra natura ó sea bestialidad, debe pagar 219 libras 45 sueldos. Mas si solo hubiera cometido ese pecado con niños ó con bestias y no con mujer, solo pagará 131 libras 45 sueldos.»

Adviértase cuán complicados cálculos no supone el haber hallado la debida proporción entre el pecado de niño y el pecado de bestia para fijarles los respectivos precios de seducción, y dígame quién podía verificar un trabajo tan importante sino el Pontificado, cuyo único afán era propagar la ilustración y la moral por el Occidente de Europa.

Pero aun hay mas.

«El sacerdote que desflorase á una virgen pagará 2 libras 8 sueldos.»

Este bajo precio es un dato económico, histórico y moral, que prueba dos cosas: la abundancia de vírgenes en aquella época y la facilidad de ser desfloradas por sacerdotes.

Sin esas dos circunstancias, el precio del pecado hubiera

sido mucho mayor, ó este artículo del arancel hubiera estado demás, y sabido es que el Pontificado nunca hizo nada en balde.

Bueno es recordar de paso á nuestros economistas, siempre faltos de arbitrios, que en aquella edad de inocencia, paz y fé, la desfloración sacerdotal fué materia imponible. Prosigamos, empero, en este ameno estudio.

«La religiosa que quisiere alcanzar la dignidad de abadesa despues de haberse entregado á uno ó mas hombres simultánea ó sucesivamente, ya dentro ya fuera de su convento, pagará 431 libras 45 sueldos.»

Atienda aquí el profano, y vea cómo para el Papa Juan XXII, autoridad irrecusable, tanto cuesta ganar una abadía femeníl despues del fornicio al por mayor, como ganar el cielo despues de la bestialidad.

¡Qué de ensayos prácticos, qué de profundos estudios, qué de exámenes no supone el haber encontrado esa doble equivalencia de las 431 libras 45 sueldos!

¡Y dicen que los Papas no pensaban mas que en sus placeres, cuando se ve patentemente lo muchos que estudiaban los ajenos!

«Los sacerdotes que quisieren vivir en concubinato con sus parientas, pagarán 76 libras y 4 sueldo.»

¡Ese sueldo! ese sueldo es una cantidad tan elocuente aquí como despreciable á primera vista.

Un príncipe mundano y frívolo habria fijado para ese concubinato una cantidad en números redondos, á ojo de buen cubero; esto es lo cierto; pero el Pontífice, procediendo con nimia escrupulosidad, se conoce que lo meditó, lo pesó, lo alambicó, lo redujo á términos exactos; vió que le resultaba el piceo de un sueldo, y con religiosa exactitud lo puso en la tarifa.

¡Gloria eterna!... pero prosigamos.

«Para todo pecado de lujuria cometido por un laico, la absolución costará 27 libras 4 sueldo; para los incestos se añadirán en conciencia 4 libras.»

¡Pero á que detenernos en vanas consideraciones que el lector discreto sabrá hacer tan bien como nosotros?

Copiemos, copiemos solo el arancel, que él por sí mismo demuestra mucho mas de lo que podría decir nuestra tosca pluma.

«La mujer adúltera que pida absolución para estar libre de todo proceso y tener amplias dispensas para proseguir en sus relaciones ilícitas, pagará al Papa 87 libras 3 suel-

dos. En caso igual, el marido pagará igual suma; si hubieren cometido incesto con sus hijos, añadirán en conciencia 6 libras.»

«La absolución y la seguridad de no ser perseguidos por los crímenes de rapiña, robo ó incendio, costará á los culpables 131 libras 7 sueldos.»

«La absolución del simple asesinato cometido en la persona de un laico se fija en 45 libras, 4 sueldos, 3 dineros. Si el asesino hubiese dado muerte á dos ó mas hombres en un mismo día, pagará como si hubiera asesinado á uno solo.»

«El marido que diese malos tratamientos á su mujer pagará en las cajas de la chancillería 3 libras 4 sueldos; si la matase, pagará 17 libras 45 sueldos, y si la hubiera muerto para casarse con otra pagará además 32 libras 9 sueldos.»

«Los que hubieren auxiliado al marido á cometer el crimen, serán absueltos mediante el pago de 2 libras por cabeza.»

«El que ahogare á un hijo suyo pagará 17 libras 45 sueldos (dos libras mas que por matar á un desconocido), y si lo mataren el padre y la madre con mútuo consentimiento, pagarán 27 libras 4 sueldo por la absolución.»

«La mujer que destruyese á su propio hijo llevándole en el seno, y el padre que hubiese contribuido á la perpetración de ese crimen, pagarán 17 libras 45 sueldos cada uno.»

«El que facilitare el aborto de una criatura que no fuere su hijo, pagará una libra menos.»

«Por el asesinato de un hermano, una hermana, una madre ó un padre, se pagarán 17 libras 45 sueldos.»

«El que matare á un obispo ó prelado de gerarquía superior, pagará 131 libras 44 sueldos 6 dineros.»

«Si el matador hubiere dado muerte á muchos sacerdotes en varias ocasiones, pagará 137 libras 6 sueldos por el primer asesinato, y la mitad por los siguientes.»

«El obispo ú abad que cometiere homicidio por emboscada, por accidente, ó por necesidad, pagará por alcanzar la absolución 179 libras 44 sueldos.»

por anticipado quisiera comprar la absolucion homicidio accidental que pudiere cometer en lo o, pagará 168 libras 15 sueldos.»

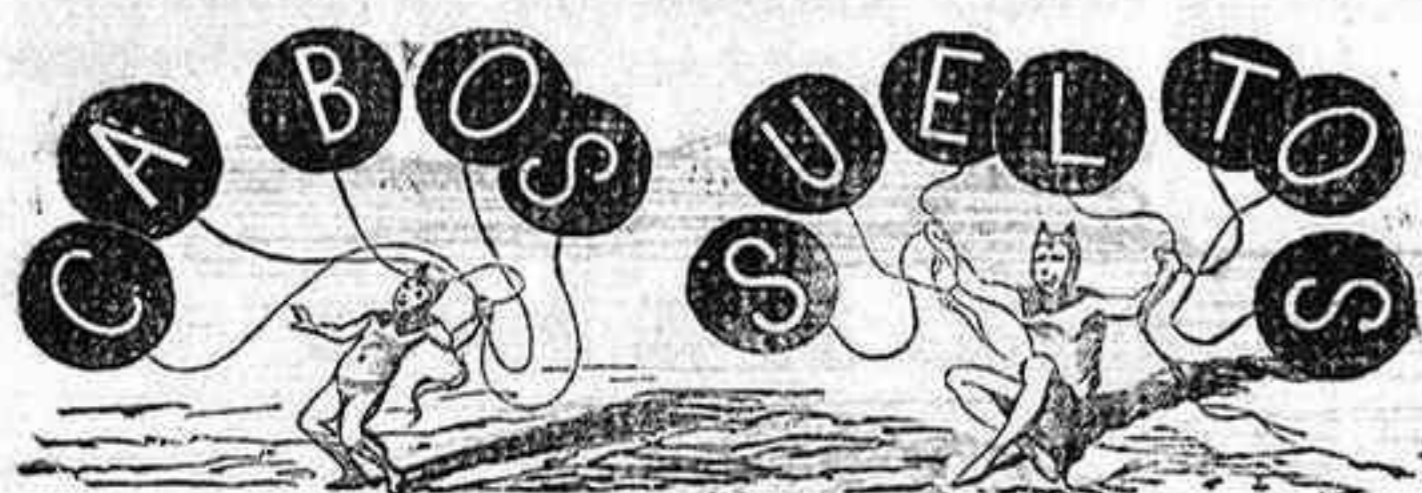
ereje que se convirtiere, pagará por su absolucion libras. El hijo del hereje quemado ó ahorcado, ó ajustado en otra forma cualquiera, no podrá rehabilitarse sino mediante el pago de 218 libras 16 sueldos 9 dineros.»

«El eclesiástico que no pudiendo pagar sus deudas quisiera librarse de ser procesado por sus acreedores, entregará al Pontífice 17 libras 8 sueldos 6 dineros, y le será perdonada la deuda.»

«La licencia para poner puestos de venta de varios géneros bajo el pórtico de las iglesias, será concedida mediante el pago de 45 libras 19 sueldos 3 dineros.»

(Se continuará.)

ROBERTO ROBERT.



Han pasado cuatro dias desde mi último número, y los carlistas no han hecho nada todavía. Le digó á Vd. que esto va siendo camelo. ¿Qué se quiere Vd. apostar á que son voces que hacen correr los moderados? ¡Estaría bueno! Los moderados si que tapan algo. No saldremos de bandoleros.

En los baños de Alhama ha sucedido algo parecido á lo que pasó hace dias en los de la Fuensanta. —¿Qué! ¿Han entrado ladrones? ¿Han matado á alguien? —No, hombre, pero algo parecido. —¿Pues qué? —Que han entrado en el establecimiento unos cuantos moderados.

Sr. de Ruiz Zorrilla: Suplico á Vd. que lo antes posible emprenda su campaña revolucionaria con el clero. Yo, que no elogio casi nunca á los ministros, le he dicho á Vd. cuando ha sido ministro de Fomento, cuánto me agradaban sus decretos. El país, como yo, espera que en Gracia y Justicia sea Vd. tan revolucionario como en Fomento. Por consiguiente, ¡a ellos! porque sino... me parece que pierde Vd. la gracia.

Sobre todo, con el alto clero, quisiera que hiciese Vd. algo. ¡Por caridad, caballero, péguele usted al alto clero!

El regente está en la Granja y Prim en la presidencia, y los de doña Isabel pidiéndoles una audiencia.

Se anuncia un nuevo periódico. Lo que deseo es que si nace, que viva. ¡Porque es tan ridículo un periódico que vive un mes ó dos!

Doña Isabel tiene todavía dinero. ¡Ojo, señores!

Pues señor, no dudo de la veracidad de mis colegas; pero vamos, que si todos los hallazgos de que hasta hoy tenemos noticia fuesen exactos, la estadística podría ser la siguiente:

- Fusiles. 7.000.000.
Revolvers. 70.000.
Boinas. 14.000.000 y 1/2.
Otras armas punzantes y cortantes. 7.000.000.

Total: armas para cuatro ejércitos como el de Xerges.

Caramba, si estos hallazgos continúan, el Estado puede ahorrarse lo que le cuesta el armamento de nuestro ejército.

En Pamplona usan margaritas. Las envían los carlistas de Paris á los de Navarra. Que es como echar margaritas á puercos.

Una monjita y varios curas andaban metidos en la conspiracion carlista descubierta últimamente. Señores presbíteros, andéense Vds. con mucho tiento que el horno no está para hacer bizcochos: y no digo más.

Sabemos de un cura que se entretiene en quemar los libros de los protestantes. ¡Cómo lo sentirá el impresor!

Ya Montpensier retira las subvenciones; ya dice que no quiere contemplaciones. Debe estar harto. ¡Quedarse sin amigos y sin un cuarto!

Otro diálogo: —¿Y papá? —Bueno, gracias. —Dígale Vd. que ya pasaré á verle. —Si no está en Madrid. —¿No? —Está en los baños. —¡Ah! No sabia... ¡Acompañó á Vd. en el sentimiento!

Ahora han dado los isabelinos en llevar una flor de lis en el ojal de la levita. Me parece que es como si tomaran flor de malva.

La presencia de los generales de la revolucion en Madrid, parece que da cierta tranquilidad á las familias. Este es un gobierno de las familias, como el jabon que venden por ahí en las perfumerías.

La venta de revolvers ha subido estos dias. Y es porque las personas que van á baños no se atreven á irse así como así. ¡Como ahora se ha descubierto que en las fondas de los baños le saquean á uno! ¡Pues yo ya lo sabia hace tiempo!

Diálogo en un wagon: —¿Ustedes van á Fuensanta? dice un caballero á unas señoras. —Sí, señor, responden estas. ¿Y Vd.? —Allá voy tambien. —¿Va Vd. á tomar las aguas por primera vez este año? —No, señorita; yo no voy á los baños á recobrar la salud. —Ah, ¿no? —No; voy á ver si robo á los bañistas un pico que me hace falta.

Dice un periódico que las autoridades francesas ejercen la más esquisita vigilancia en nuestra frontera. En efecto: no entra un carlista de cuyo nombre y facha no se enteren dichas autoridades.

Buena idea, hombre, buena idea! El fotógrafo Sr. Ruban ha fotografiado en una targeta á todos los diputados republicanos. Están con su orlita y sus lemas, y por una peseta... Repito que está bien.

El Cascabel me dedica la mayor parte de su último número. Muchas gracias. Vamos, apreciable colega, que tú seas un poquillo aficionado á las ideas reaccionarias no es un crimen. No te ofendas tanto por tan pequeñas cosas, porque la malicia ya á dar en decir que te picas y que el que se pica, ajos come.

D. Salustiano llegó á Bayona. El niño terso anduvo por sus cercanías... Ya podemos decir que D. Salustiano está cerca de un rey.

Lo que dice y lo que calla «La Correspondencia.»

Lo que dice: Asegura La Discusion que el único remedio de nuestros males es la república.

Lo que calla: ¡Qué disparate! No hay más remedio que mi rey.

Lo que dice: Carlos VII está en España.

Lo que calla: ¿Cuándo se elige rey á mi candidato?

Lo que dice: Se han descubierto conspiraciones carlistas.

Lo que calla: ¡Por Dios! ¡Llamen Vds. al duque! (Al buen entendedor...)

Todo el mundo se marcha. Solo nos quedamos aquí los que hemos de ser víctimas de los almacenes de materias inflamables, del tifus, y de la hidrofobia. ¡Esto suponiendo que no vengan los carlistas y nos devoren en silencio! Tendría que ver.

¿Y el regente, no sale á visitar á sus súbditos?

D. J. M. Estébanez ha publicado un Canto épico ó cosa así titulado España sin honra. En él se hace un elogio de la desventurada Isabel de Borbon. Comprendo el título.

En dicho Canto épico, que lo mismo puede llamarse canto que cantazo, se dice á Isabel de Borbon ¡pobre señora! Reina generosa y noble, y á los revolucionarios hijos de Cain y turbas endemoniadas.

Bien dice el refran, que una desgracia nunca viene sola.

Despues de haber sido destronada, solo faltaba á Isabel de Borbon este Canto poético. Si la infeliz mujer lo lee y no fallece, digo á Vd. que tiene más alma que un caballo. ¡Qué reina, y qué defensor y qué Canto!

Para muestra basta un boton: allá va un pedazo del Canto épico. Preparen, apunten, fuego...

El laureado vate dramaturgo, el que colgó la lira, y en venganza huyó de entre sus manos presurosa la Antilla poderosa, ya fatigada de españolas rimas, que allí sentó la mano generosa del garrido Adelardo.

Paso por lo de vate dramaturgo, —y es pasar;— por lo que no paso es por eso de que con ser yo, como revolucionario, poco menos que el mismísimo demonio, no pueda entender nada de lo que sigue.

Por de pronto ya puede concederse un premio á quien averigüe dónde está el verbo que parece pedir á gritos el pobre vate dramaturgo, el que colgó la lira.

¡Oh, academia! ¡Oh, gramática! ¡Oh, sentido comun, cómo te ponen!

Treinta millones lleva gastados Isabel de Borbon, segun dicen, en preparar la restauracion. ¿Cuánto pensará pagar por el Canto España sin honra?

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: Bolo.

CHARADA.

Es mi prima y tercera un pajarraco que en América abunda, y es feo y raro. Salustio el grueso quiere prima con terciá, pero del pueblo. Mi segunda le canto á mi chicuelo, mientras me hace mi esposa unos buñuelos; y viene el todo, dando al mundo alegría antes que Apolo.

(La solucion en el próximo número).

MADRID: 1869.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.